

## UNA PIEZA MÁS

Me llamo Aurora, nunca he creído en dios pero a estas alturas rezaría lo que fuera para salir de aquí. No sé cuánto tiempo llevo encerrada pero me he quedado sola, hasta Marta me ha dejado y lo único que queda de ella es su cuerpo, sin alma.

Todo empezó hace unos días, íbamos en moto y comenzó a granizar, corrimos a la primera casa de ese pueblo fantasma. Estuvimos 10 minutos llamando a la puerta. Ella insistía en ir a otra casa a pedir ayuda (ojalá le hubiera hecho caso). Sabía que en cuanto saliéramos del porche las pequeñas piedras de granizo nos acribillarían.

Al cabo de 2 minutos escuchamos cómo unos pasos se acercaban rápidamente. Un chico alto, moreno y atractivo apareció por la esquina. Vio lo empapadas que íbamos y nos invitó a una taza de té caliente, estuvimos un rato hablando y él era encantador, las dos soñábamos con que nuestro futuro novio fuera así (¡qué ingenuas!). Intentamos llamar por teléfono pero no había cobertura, escuchamos un ruido que venía de la planta baja, nos dijo que serían las ratas cobijándose de la tormenta. Bajó a comprobarlo, Marta y yo aprovechamos que no estaba para poder comentar todo lo que estaba pasando.

Pasaron diez minutos y nadie aparecía, treinta más y lo único que escuchábamos eran golpes. Empezamos a preocuparnos, le dije a Marta que iba a ver si necesitaba nuestra ayuda. Me detuve frente a la puerta de madera que conducía al sótano, extendí mi mano y entonces lo escuché, un grito agonizante. Un grito de dolor, como si la vida se escapara en cada nota. Me quedé quieta y entonces se abrió la puerta, él estaba delante de mí, su camisa estaba rota y los pantalones rasgados, su pelo estaba revuelto y tenía gotas de sangre por todo su rostro. No sabía qué decir y él tampoco, pero sabía que tenía que actuar y cuando fui a articular mi primera palabra intervino Marta:

-¿Unas ratas duras de pelar?- entre una sonrisa que le iluminaba todo el rostro.

Él asintió con la mirada.

¿Ratas, en serio? Ninguna rata era capaz de hacer eso, pensé que lo decía para engañarle pero lo decía tan segura que empecé a cuestionarme si realmente lo creía. Teníamos que salir de aquí, enseguida.

-Será mejor que nos vayamos, la tormenta esta aflojando y se preocuparán por nosotras.

Pero, ¿a quien intentaba engañar? La tormenta era cada vez más fuerte y las pequeñas piedras de granizo caían sin remedio en la dulce hierba. No salimos de esa casa, todo lo contrario, nos quedamos a dormir aunque no pude dormir más de tres horas, lo máximo que he descansado hasta ahora.

Todo estaba en silencio y conseguí caer en un profundo sueño del cual me desperté de un salto. Escuché un golpe y salté de la cama, giré la cabeza y Marta no estaba, instantemente salí de la habitación y registré la casa entera aunque sin suerte. Solo me quedaba mirar el sótano, me quedé de nuevo frente a esa puerta de madera. La abrí y noté cómo el crujido se esparcía por toda la casa, cada escalón que bajaba simulaba pequeñas bombas que explotaban.

Llegué abajo, tras andar por los pasillos de esa gran habitación entre estanterías y muebles la encontré, Marta esta allí, quieta y sonriendo:

-¿Se puede saber qué haces aquí?

-Le estoy esperando, me ha dicho que enseguida volvería- me guiña un ojo.

-¿Quién, él?

Tarde, ya era tarde. Cuando levanté la vista estaba detrás de ella, mirándome. Quise avisar a Marta pero no lo hice a tiempo, la jeringuilla que él llevaba en la mano ya estaba clavada en su cuello. El miedo me paralizó pero sabía que tenía que actuar, giré y empecé a correr todo lo que pude,

deambulé por esos pasillos llenos de polvo hasta quedarme sin fuerza. Le había perdido de vista y eso era lo que más me preocupaba, pero ya no podía más. Me senté en el suelo y respiré, estaba sudando y el corazón me iba a cien, entonces le escuché, anduve hasta encontrare unas escaleras que conducían más abajo. Cuando bajé el último escalón pude ver una mesa de metal con muchos alfileres, y una camilla llena de sangre. Entonces lo noté. Él estaba detrás de mí, no quería girarme, el miedo me mataba pero sabía que tenía que hacerlo.

Le mire a los ojos, él sonreía.

-Adelante, observa el futuro- empujándome del brazo.

Me llevó frente a un cristal que dejaba ver una sala de paredes acolchadas, con arneses que sujetaban, personas, pero no tenían un aspecto humano, estaban mutiladas o con más extremidades de las que debían. Empezó a contarme cada una de sus historias aunque dejé de escuchar cuando vi el terrible infierno que esta gente estaba pasando.

-¿No te parece extraordinario?- en su rostro se veía la satisfacción y el triunfo, mientras que en la mía solo surgían dudas, aunque todas esas dudas se aclararon con unas simple frase.

-Ahora tú me ayuadas a continuar- y una jeringuilla se clavó en mi nuca.

Desperté dentro de esa sala con paredes blancas y un arnés en mi cintura, intenté moverme pero me sentía extremadamente débil, conseguí sentarme, y cuando por fin abrí los ojos conseguí visualizar a Marta, estaba enfrente. Eso me alegró bastante y cuando por fin conseguí las fuerzas para acercarme a ella el corazón se me paró, me giré y vi su cara ensangrentada, su corazón ya no latía y sus mejillas estaban frías.

Entonces entendí que ella ya no estaba conmigo, su alma se había ido y noté cómo un trozo de la mía se desvanecía con ella. Lloré, lloré durante horas, hasta deshidratarme, me levanté y despegué mi cara de la sangre que tenía.

Y aquí estoy ahora, sin saber muy bien cómo actuar, solo me siento inútil en el juego de un asesino.

La puerta de está abriendo y él entra por ella, se acerca a mí, se sienta y me susurra:

-Una pena que no lo haya superado, aunque tú pareces fuerte.

Entonces soy consciente, ahora me toca a mí visitar mi infierno aunque no estoy dispuesta a afrontarlo. Intento abalanzarme a su cuello aunque sin éxito.

Me levanta y me lleva hasta la camilla llena de sangre, intento moverme, me sacudo lo máximo que puedo, tiro todos los materiales al suelo pero él me coge las manos y me las ata a la fría camilla. Me acaricia el pelo, me mira a los ojos y me va metiendo en el cuerpo un líquido que me hace dormirme.

No sé donde estoy pero solo recuerdo los ojos de mi asesino. Abro los ojos de nuevo e intento visualizarlo todo. Estoy otra vez en la sala blanca. Ya no tengo brazos, me he convertido en una pieza más de su juego, mi infierno acababa de empezar y no tengo forma de salir de él.